

—De entrada, de olvidarse de lo que se ha escrito. Si yo tengo que ponerme a escribir sobre algo, de entrada renuncio a leer lo que han escrito mis colegas, porque si leo lo que se ha escrito, lo más probable es que yo me vea condenado a pelearme con ellos. Entonces, ¿cómo empiezo a aprender? Yo creo que hay dos caminos para entrar en territorio artístico desconocido: conocer la obra y, en segundo lugar, algo sobre lo que yo no dejo de insistir y que puede parecer una obviedad, pero luego es algo que no se cumple, que es conocer las fuentes. Un historiador debe conocer los textos, los documentos originales, por supuesto, lo que se dijo en la época. Lo que pueda estar diciendo un historiador norteamericano sobre un artista que estoy estudiando no me interesa, entiéndeme, no lo estoy despreciando, prefiero no saberlo, porque yo insisto en que para mí el imperativo principal es aprender y casi te diría que divertirme. El primer camino, el de contemplar las obras de arte, en clase está gafado, está gafado porque nosotros lo que vemos no son obras de arte sino unas reproducciones fantasmagóricas.

—¿A través de esas fuentes recuperas «el resto», lo que le falta al arte?

—Exacto: lo que falta. No lo que sobra. En *El Resto* lo que he hecho ha sido buscar en la basura lo que le ha sido quitado al arte, el «resto» no es más que lo que ha sido restado, no en el sentido de sobra, sino en el sentido de resta. He venido insistiendo a lo largo de varias entrevistas en que *El Resto* no es lo que sobra sino lo que falta. Y lo que falta es casi todo. El arte se ha visto sometido a un terrible proceso de desposesión en los dos últimos siglos. Este siglo está marcado por la experiencia terrible de millones y millones de personas que han sido desposeídas de todo. Estoy leyendo ahora un libro de Viktor Klemperer, un filólogo alemán judío que fue testigo de este gigantesco proceso de desposesión, y cuenta algo de lo que yo no sabía nada: que incluso a los pocos judíos, entre los que él se contaba, que pudieron sobrevivir (él estaba casado con una aria) les quitaron no sólo su profesión, sus posesiones, sus amigos y familiares, en definitiva, lo que había sido su vida, sino que les quitaron también los animales de compañía... sus perros, sus gatos. Fíjate lo que dice.

(Y mientras Ángel lee el párrafo en que Klemperer denuncia la crueldad del hecho y pide que se levante una horca contra los criminales, Vlady, su perro, se restriega a nuestros pies y nos mira cómplice).

—En tu libro lo que haces no es tanto ensalzar la obra de arte, su valor estético, como hablar de la vinculación del arte con la vida.

—Claro, posiblemente porque doy por supuesto que el arte es la expresión más alta de la vida. Una crítica que se me puede hacer y que yo me hago constantemente es que en las cosas que escribo no llego a hablar propiamente de arte, sino que me limito a abrirme paso por la selva de convenciones, estereotipos y mentiras. Digamos que ocupo tanto tiempo en abrirme paso por ese basurero, ocupo tanto tiempo en buscar lo que le ha sido quitado al arte, que no sé si al final lo consigo reintegrar. Sí, este es un reproche que yo mismo me hago, pero creo que los tiempos exigen de entrada este trabajo de aproximación y desbroce. En muchos de los textos que se incluyen en el libro dedico mucho tiempo a despejar el panorama, situar los problemas, a recolocar las cosas. Pero cuando he tenido ocasión de extenderme más (por ejemplo en los textos sobre Carlos Alcolea o sobre Juan Navarro Baldeweg) intento construir, o, más bien, intento reactivar lo que la obra tiene como fuente de vida. No solamente me dedico a descolocar o a recolocar, ahí he tenido tiempo para poder hablar de una manera más emocionada y espero que emocionante. Claro, aquí debo decir que parto también de una equívoca y engorrosa identidad que es la del historiador del arte. Siento en mí ciertos imperativos de historiador: documentar mis fuentes, atenerme a la cronología. Quizá soy más historiador que otra cosa, y esta especie de resistencia, de prolongación del momento en que yo debería chocarme con las obras de arte y hacer que saltaran chispas, quizá yo retraso exageradamente todo eso. Necesito un poco de espacio y un poco de tiempo; y en estos últimos años me encuentro con fuerzas, con ganas de escribir más largo.

Pero volvamos a este tema tan escabroso de la vida. Se han hecho muchas bromas sobre la tentación de identificar arte y vida por parte de algunas vanguardias. Es fácil hacer bromas sobre unos sueños, sueños candorosos, sobre esta aspiración de identificar arte y vida, pero, ¿qué otra cosa podría ser el arte sino, en efecto, la más alta expresión de la vida? Yo creo que el arte es la cosa más grande, más extraordinaria que los hombres se traen entre manos, que se han traído entre manos desde siempre. De entrada, el ser humano es un sujeto artístico; aquello que nos caracteriza, que nos identifica, que nos distingue de nuestros primos hermanos los animales es esta extraña tarea, este extraño grupo de tareas a las que llamamos arte. La más alta expresión de la vida humana es el arte y el arte se conserva vivo en recuerdo de una humanidad no exageradamente sometida a las poderosas y devastadoras instancias presuntamente humanas. El arte es un reducido donde todavía encontramos armas contra la religión (porque la religión es posterior al arte, y el éxito de la religión viene de haberse apropiado de los recursos, de los poderes, del arte). El arte es la más alta y noble expresión-realización de la vida. Yo no sé, si no, qué otra cosa podría ser.

—*El arte como expresión de la vida con mayúsculas, pero también de la vida privada, íntima, de tu casa, tus amigos, tus perros.*

—Sí, todo eso es muy importante para mí. Yo tengo poca estima por cosas como el arte político. No entiendo por qué los artistas se han otorgado funciones críticas, por qué el artista tiene que ser quien ponga al descubierto las fechorías de los políticos o las miserables intrigas de los comerciantes. Qué duda cabe de que hay artistas extraordinarios, soberanos, que se han hecho una reputación de tales poniendo al descubierto esas lacras y miserias, iluminando los aspectos más horribles de la vida humana. Pero yo creo que el arte ha de recrear fundamentalmente sensaciones placenteras, y ahí estoy totalmente de acuerdo con Juan Navarro Baldeweg, una persona con la que he pensado tanto en alto, a quien debo tanto y de quien he aprendido tanto. El arte no es más que una estrategia corporal, es aquello que recrea las maravillosas sensaciones de estar físicamente en el mundo. No siempre son luminosas, ni mucho menos, también las hay dolorosas y sombrías, la vida de los hombres está hecha también de muerte y de dolor. Pero no creo en un arte deliberadamente abocado a descubrir simplemente las artimañas de quienes buscan nuestra perdición, a denunciar. ¡Nuestro pobre cuerpo!, nuestro cuerpo, que es encrucijada de sensaciones físicas, de sensaciones mundanas, es el lugar donde las figuras, las maravillosas y prodigiosas figuras del mundo se encuentran, actúan e interactúan. Ese cuerpo habría sido por tanto doblemente avasallado: por aquellos que lo avasallan en efecto, y por aquellos que denuncian su avasallamiento olvidando que su tarea principal sería reintegrarlo al mundo. Sí, el mundo es terrible y hay artistas que lo único en que están empeñados es en recordarlo; pero yo digo que su sola visión me produce rechazo. A mí me gusta Matisse, me gusta Bonnard, me gusta la pintura de flores y hay gente que se desespera, se irrita, piensa que lo digo como forma de provocación.

—*¿Por eso te ha interesado tanto el arte japonés y el momento en que comienza a darse a conocer en Europa, a partir del último tercio del siglo XIX?*

—Claro, porque Europa absorbe, asimila y solicita aquello del arte oriental que más contribuye a la tarea dominante de todo aquel pueblo. Uno de los principales motivos por los que yo me he interesado tanto en los últimos tiempos por el arte del siglo XIX y del XX es porque creo que en estos dos últimos siglos hay artistas, como Picasso, que tienen una clara conciencia de que el arte debe ser fundamentalmente celebración de la vida,

que se dedican a exaltar las sensaciones que van asociadas a la experiencia física de todas las cosas maravillosas del mundo. El arte como un instrumento de regeneración de los sentidos, como un arma para la regeneración de ese cuerpo devastado por el capitalismo.

—*Un ejemplo que puede ser muy representativo de la manera en que «descolocas» y «recolocas» las obras de arte y en que destacas esa función de «celebración de la vida» que tienen es el texto que dedicas al Cuadrado negro de Malevitch, una obra emblemática del arte de nuestro siglo, un cuadro aparentemente aséptico, desmitificador de la transcendencia del arte.*

—Puede dar la impresión de que Malevitch es un artista que podría pintar con plantillas industriales, limitarse a dar manos de color estándar. Pero el *Cuadrado negro* es bastante más que eso. Hay una cosa muy importante, y es que se está abriendo, se está craquelando. Es decir, esta asepsia, esta competencia técnica, esta especie de neutralidad de la imagen, el hecho de que pueda ser reproducida exactamente en una imprenta, se está derrumbando. El *Cuadrado negro sobre fondo blanco* no es ese que vemos reproducido en la imprenta; el *Cuadrado negro* se está rompiendo, se está abriendo. Y lo maravilloso del asunto es que está apareciendo algo debajo. Es menos asténico de lo que pensábamos, no es una conclusión fulminante y destructiva de la tradición figurativa o un paradigma conceptual que se base en una especie de interacción entre sujeto y objeto que conserva intacta la identidad del sujeto y la identidad del objeto; hay algo que se mueve detrás. Este cuadrado negro está ocultando algo, está obturando algo que ahora comienza a percibirse. Está llegando luz del otro lado.



Por Higiene y por Belleza

todas las mujeres deberían depilarse el vello y pelos superfluos de todo el cuerpo. El vello recoge y retiene las secreciones de la piel. Aunque se bañe diariamente no consigue suprimir en absoluto los efectos de la transpiración de la piel, y por eso recurre a las esencias. Nada más indicado en este caso que el **DEPILATORIO JOVINCELA (Loción Depilatoria)**. Un frasco para depilarse todo el cuerpo cuesta 9 pesetas y se vende en las Perfumerías, Droguerías y Centros de Específicos acreditados. Para la cara y pequeñas extensiones de vello pedid, el **DEPILATORIO JOVINCELA EN POLVO** de 6 pesetas.